



Limbo

VALENTINA SUÁREZ ÁLAVA

IMAGEN: DEATH TO STOCK

10:09 p.m. La lluvia no dejaba ver nada por la ventana, tan sólo puntos de iluminación sin enfoque. Era mejor así. No quería encender las luces de la sala. La luz de la televisión prendida era suficiente. También su sonido. Se mezclaba con el eco cantarino de las gotas cayendo en todo tipo de superficies. Eso también habría sido suficiente.

Las últimas noches habían sucedido igual. Era el ritual de mi nuevo credo: tengo que quedarme obligatoriamente en casa, tomar las pastillas a las 11.00 p.m. y luego irme a la cama. Por cierto, díganles que dejen de obligarme a comer. ¿Han leído de dónde viene la palabra 'pastilla'? Suficiente. Estoy cansada de dormir. ¿Quién fue el imbécil que dijo que la mejor medicina para el cuerpo y la mente es dormir? No, gracias. Yo paso. La mente humana es un cuarto muy pequeño y yo soy claustrofóbica. Todos, todos me repitieron hasta el cansancio que era peligroso volver a esa habitación, y que esto lo hacían por mi bien. ¿La primera parte? Completamente de acuerdo. No hacía falta tratar de convencerme de que esa era una zona de peligro, a la que no debía ni acercarme. Una orden de alejamiento tácita, como contrato verbal que no se valida en este mundo de ilegales fantasías. Me desespera que no entiendan que él me necesitaba.

Calma. En la televisión, los presentadores pedían calma. Desde este décimo piso, se escuchaba claramente la inacabable sinfonía de bocinas. Si

hubiese gritado, nadie me habría escuchado, ni siquiera los vecinos. Orden. Escuché que en el flash informativo pedían orden. Al parecer, las malas condiciones atmosféricas dominarían mis regiones de norte, centro y sur. Empecé a organizar sus pastillas, clasificándolas por día de la semana. Todo acorde al plan.

11.00 p.m. Cerré los ojos. Para conciliar el sueño es necesario visitar el salón de las reminiscencias. Llegué al ensueño, del significado real. Recordé que unos cuantos días atrás, cuando estas lluvias habían iniciado, él me decía que aquellos estruendos profetizaban la caída del cielo y el fin de todo lo que conocemos. Debo admitir que sus comentarios insensatos me hacían reír, aunque lo más probable es que se haya dado cuenta de que había sido condescendiente con él. A muchas cosas le decía que sí. A otras, le decía que no eran para tanto. Cómo han cambiado las cosas, ahora soy yo la que no lograr encontrar ni un poco de tranquilidad en mi propio diluvio sin arca de salvación. Era el fin de todo lo que conocía. La imagen del hombre con el que logré conquistar mis tormentas, seguirá retumbando en estas paredes.

12.00 p.m. Se me había pasado el tiempo. Estaba consciente de que este era el siguiente capítulo de mis sueños, como película con jump cuts mal hechos. ¿O es pesadilla? Aún es temprano como para emitir un juicio de semejante calibre. Me apresuré en traer un vaso de la cocina. Las goteras eran cada vez más grandes y las lluvias parecían alcanzar niveles antinaturales. Eso no lo habrían podido predecir los meteorólogos. Si tan sólo alguien me hubiera advertido de todo lo que iba a suceder, quizás no estaría pensando en cómo no ahogarme con la lluvia, a pesar de estar refugiada en lo que ya no es. Aproveché la oportunidad para recoger el agua que caía del techo. Nunca me creyeron cuando les dije que era agua bendita, nunca supieron cuánto pedí, pedí y pedí que el techado se abriera milagrosamente para recibir el líquido directamente del cielo. Él necesitaba el

agua y yo el contacto directo. Había hecho todo lo posible por cuidarlo, pero la solución verdadera era que regresara a casa. Debí especificar, porque mis plegarias fueron escuchadas, pero a este lugar jamás regresó. Ahora, la imagen del hombre con el que había caminado por la nave central de mi templo, seguirá siendo la señal de la vida eterna que no conocí.

1:17 a.m. Reaccioné. Tercera parte. Estaba en el mar, luchando contra la profundidad o contra la corriente. Con dificultad, alcanzaba la superficie, pero el agua que llenaba mi boca me sabía a la que había recogido con el vaso. Era por esa agua sagrada que podía continuar, me protegieron contra las aguas turbias. Pensé que en cualquier segundo divisaría la barca de Caronte, pero la salinidad es tan alta como para seguir ahuyentando a la muerte. Esto no viene gratuito. La ley máxima dicta prohibido flotar. No escuchaba absolutamente nada. Completo silencio. Marea alta. Condenada sea la luna y condenada sea la noche. Cuántas veces les dije que no podía, que no sabía nadar, que ya había contenido la respiración por mucho tiempo. Había naufragado en mi propia cabeza y desbordado de los límites de la represa que intenté construir. La imagen del hombre con el que había navegado los últimos siglos, seguirá buceando en el fondo de lo que aún no soy.

2:34 a.m. Estaba en el cuarto. Creo que pasaron un par de minutos. Me levanté, cerré las cortinas y la habitación quedó a oscuras. Prendí unas velas. Olía como a nuestra primera cita. Las pastillas, benditas pastillas, que me regalaron ese divino déjate ir. Lo esperé toda la noche, pero nunca llegó. La comida que era para dos, no fue para nadie. Les he pedido tantas veces que ya no cuenten conmigo en esa mesa. No había vuelto a tocar esas sillas sagradas desde ese día que rememoraré cada año. La imagen del hombre con el que ya no podré compartir más cenas, seguirá tocando la puerta de este apartamento vacío.

3:26 a.m. Ahí estaba, no me había ido. Sí me había ido. ¿Qué se hacía en estos casos? Ah, sí, respirar y contar. ¿Recuerdos o números? 1... Mis ojos, no sentía mis ojos. No importó. Él no los necesitó esos últimos días, porque yo fui sus ojos y se los llevó con él. 2... Traía el vestido y los tacones puestos aún. El cabello me olía a humo y terquedad. Las pastillas, las malditas pastillas. No me pregunten por su legitimidad o procedencia. 3... No sabía dónde las había dejado, probablemente las había regalado o dejado botadas. En ese lugar, había más de uno pintado en el mismo cuadro que a mí me pintaron. Aquel diagnóstico no era el mío y esta cruda no se cura en las mañanas por venir. 4... La imagen del hombre con el que había pasado las últimas noches, seguirá siendo la obra maestra de mi genialidad.

4:02 a.m. Limbo. Este no es un episodio, es la recapitulación de esta serie de bajo presupuesto: No me juzgaron. No pudieron. No lo permití. Ellos fueron los que me habían dejado sola. Ellos son los culpables, yo nada pedí. Simpatía, pena, compasión, lástima. Dijeron que entendían. Mentirosos. ¿Cómo se atrevieron a hacerme creer que todo estaría bien? La crueldad también puede ser suave y gentil. Sentí el tiempo pasar en cámara lenta, lentísima. Necesitaba abandonar esa sala de proyección macabra. Oscuro, todo oscuro. Sepan que no es correcto narrar todo lo que sucedió en dimensiones de tiempo y espacio, tampoco en medida de movimientos oculares por minuto. Me pidieron que intente expresar lo que siento. ¿Cómo? La coherencia me dio la espalda y yo a ella. Entonces, recordé aquel sonido eternizado del multiparamétrico. Hubiera preferido volver a escuchar el concierto desafinado de bocinas. Así llegué a la cumbre de la montaña rusa de recuerdos en la máxima expresión de esta abreacción.

5:27 a.m. Ese fue el momento en el que desperté por última vez. Ya veía venir la inevitable activación de la alarma. Me levanté mareada. Aquellas pastillas que había dejado en la mesa con impe-

cable orden, ahora estaban regadas como el agua de la lluvia que había entrado por los marcos de las ventanas. Era real. Nada era real. Creí que ya me había vuelto inmune a los efectos de las píldoras. El vaso se había roto tratando de contener el mar de lágrimas que había creado. Las velas se habían apagado, culpa de mi respirar forzado. La cera había cubierto los restos de mis anteriores realidades y eran estatuas de la resistencia de mi memoria. También habían desaparecido los aromas del pasado y la comida se había descompuesto. Me quedé viendo hacia el punto más indefinido de mi existencia. No me escucharon, pero debí insistir: La imagen del hombre con el que había compartido los últimos diez años de mi vida seguirá flotando en mi mente, hasta el día en que pueda drenar el pozo de la tristeza que se inauguró el día en que él partió.